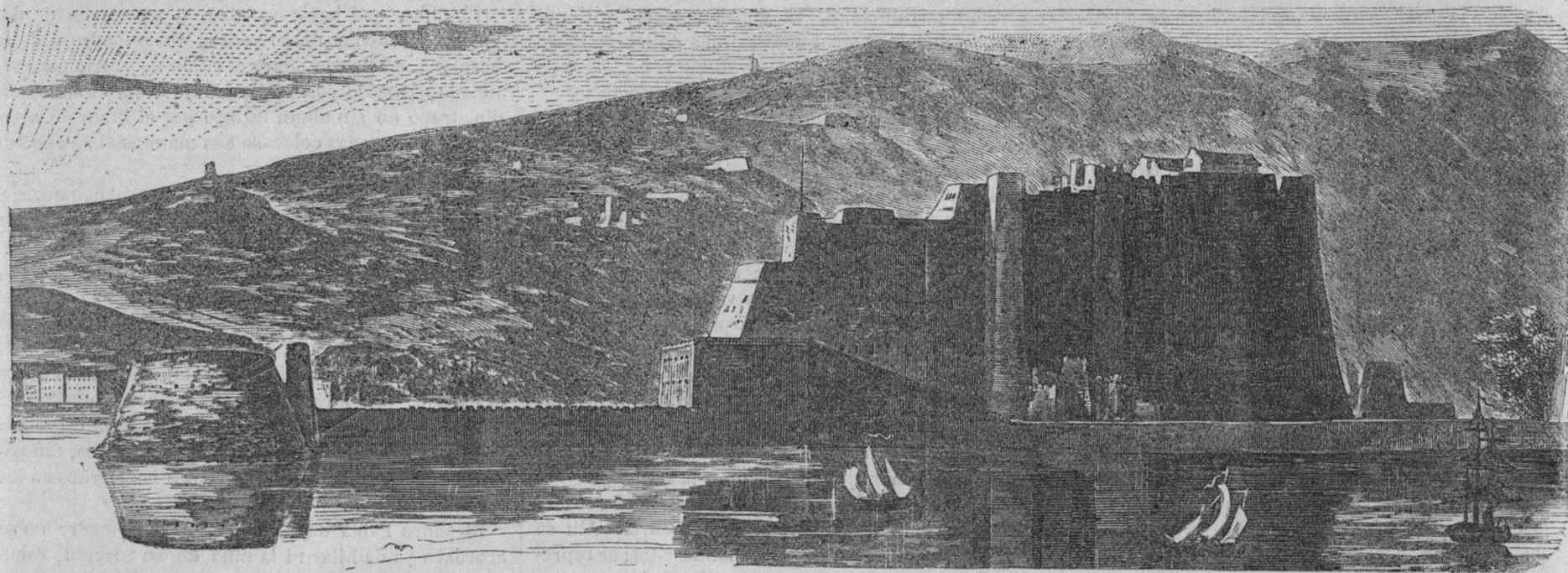


El Periódico ilustrado.



Número 24.

DEL 17 AL 24 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. . . . CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

} 3 cuartos en PROVINCIAS.

SUMARIO.—TEXTO: Leopoldo I, rey de los belgas, por Belza.—Revista de la Semana, por M. del Palacio.—La infancia de Mozart, por C. I.—Para un álbum, por E. Blasco.—¿Recibes? ¿Duermes? por Urania.—El sol y las estaciones, por P. M. Barrera.—Glosa, por E. Domenech.—Historia de la fotografía, por G. Honorio.—Un Mercado en Hungría y La pesca de noche, por Belza.
LÁMINAS: Leopoldo I, rey de los belgas.—Un mercado en Hungría.—La misa de una.—La pesca de noche.

EL REY DE LOS BELGAS.

Leopoldo I, rey de los belgas, nació el 16 de diciembre de 1790. Tiene en su consecuencia 75 años, y es el soberano de más edad entre los que hoy ocupan los diferentes tronos de Europa. Si se exceptúa una penosa enfermedad que sufrió hace dos años (mal de piedra), es un anciano fuerte y vigoroso, y que conserva aun bastante energía.

Hijo del duque Francisco de Sajonia Cobourgo-Saalfeid, el joven Leopoldo, Jorge Cristian Federico, tenía á su disposición todos los medios imaginables para instruirse, y los utilizó con raro aprovechamiento; pero cuando terminó sus estudios, ¿qué partido podía sacar en medio de la conflagración de Europa? La guerra era el único partido que se le ofrecía, y como su hermana Juliana había contraído matrimonio con el gran duque Constantino, se afilió al servicio de la Rusia, figurando en el brillante Estado mayor que acompañó el 27 de Setiembre de 1808 á Alejandro I á las conferencias de Erfort.

Era en extremo difícil á Leopoldo conservar su grado y su posición en el ejército ruso, sin disgustar á Napoleón I, lo cual era muy peligroso; así que, se decidió á abandonar el servicio de la Rusia, y por espacio de algunos años se dedicó á viajar; sin embargo, en 1813 combatió en las filas de la coalición, y después fijó su residencia en Inglaterra, donde se casó con la hija del rey Jorge IV.

La princesa Carlota era la heredera presuntiva, y su esposo, naturalizado inglés el día 27 de marzo de 1816 con el título de duque de Kendal, veía en perspectiva la alta dignidad de *principe consorte*; pero murió su esposa el 5 de noviembre de 1817, y en su consecuen-



LEOPOLDO I, REY DE LOS BELGAS.

cia nada debía esperar por este lado.

Leopoldo entonces se retiró á su castillo de Claremont, dedicando su tiempo en el estudio, ocupándose poco ó nada de negocios ni de política, aunque continuaba siendo fedmariscal y miembro del Consejo privado.

La revolución de Grecia le arrancó de su reposo. La Puerta Otomana, por el tratado de 4 de diciembre de 1829, había reconocido la independencia helénica. Un gobierno funcionaba bajo la presidencia del conde Capo de Istria; una Asamblea nacional se hallaba establecida en Argos; y sin embargo, el orden no se restablecía. Las escuadras de Francia, Inglaterra y Rusia, que habían destruido la flota turca en Navarino, aparecieron en la embocadura de Cefise y en el puerto de Pireo, desembarcando continuamente refuerzos de tropas para ayudar á la lenta pacificación del país. Serios trastornos habían estallado ya al principio del año de 1830, y los plenipotenciarios de las potencias aliadas pensaron establecer en Grecia una monarquía, ofreciendo la corona al duque Leopoldo. Este la aceptó, pero condicionalmente, y empezó sus negociaciones con las tres cortes; pero aburrido de las dificultades que le suscitaba la diplomacia, ofreció su dimisión antes á haber ocupado el trono. Pero estaba escrito que sería rey: *thou shalt be king!* Los belgas, que acababan de sustraerse á la dominación holandesa, le eligieron el 4 de junio de 1831, y fué coronado en Bruselas el 21 de julio. En 1832 se casó con Luisa María Teresa Carlota de Orleans, á la que tuvo el dolor de perder el 11 de octubre de 1850.

No es de nuestra incumbencia entrar en estensos detalles sobre el largo reinado de Leopoldo I. Diremos solamente que á pesar de la lu-

cha continuada que han mantenido los dos grandes partidos políticos que se conocen en Bélgica, él ha sabido mantener la paz y realizar grandes y útiles mejoras en aquel país. Dió innegables pruebas de talento durante la escasez terrible de 1846 y las inundaciones de 1850. Sin ambicion ninguna, y deseando permanecer neutral en las complicaciones europeas, fué en 1848 aun más allá de lo que ambicionaban los descontentos; y sin ninguna doble intencion, sino franca y lealmente, ofreció su dimision. Es un hombre, en fin, que reúne á la fuerza que de la independencia de un carácter recto y severo, la influencia que prestan á un monarca la esperiencia, el talento y la certeza de ser juzgado bien por su pueblo y por los estraños.

Tiene tres hijos: el primero, Leopoldo Luis Felipe María-Victor, duque de Bravante, que nació el 9 de abril de 1835, y que casó el 22 de agosto de 1853 con María Enriqueta Ana, archiduquesa de Austria. El segundo, Felipe Eugenio Fernando, conde de Flandes, que nació el 25 de marzo de 1837, y que hoy es coronel del regimiento de guías; y el tercero, María Carlota Amelia, nació el 7 de Junio de 1840, y contrajo matrimonio el 27 de junio de 1857 con el archiduque Maximiliano, hermano del emperador de Austria.

Las armas colocadas bajo el retrato de Leopoldo I son las del reino de Bélgica.—B.

REVISTA DE LA SEMANA.

Toca hoy á la muerte el triste privilegio de dar animacion y novedad á nuestra revista. La categoría de la víctima nos impone por otra parte el deber de concederle en ella el primer lugar. Historiemos, pues.

El domingo último ha fallecido en esta córte, despues de una penosa enfermedad, el señor infante D. Francisco, padre del rey consorte. Si mal no recordamos, habia nacido en 1794, y él fué quien con sus lágrimas dió en 1808 al pueblo de Madrid ocasion á provocar la sangrienta, pero provechosa catástrofe del Dos de Mayo.

Este acontecimiento ha enlazado su nombre á la historia de nuestro país, pues por lo demás, apenas si ha tomado parte en sus vicisitudes políticas, viviendo siempre en la modestia de su retiro. Los que le trataron, elogian su carácter bondadoso y sus sentimientos caritativos, que se revelan en lances como el siguiente, ocurrido no hace mucho tiempo. Paseaba el infante á pié, acompañado de su secretario, que desempeñaba á la par el cargo de limosnero. ¡Un mendigo ya anciano se acercó á él, y le pidió con ademan suplicante una limosna. El secretario se volvió, y sea por no interrumpir la conversacion, sea por lo que fuere, el caso es que hizo con la cabeza un signo negativo. El infante lo comprendió, y parándose delante del infeliz, dijo á su acompañante:

—Dale algo, hombre, dale algo, que no sabemos lo que nos podrá suceder mañana.

Esa desconfianza en los dones de la fortuna, y esa solicitud en favor de los desvalidos, son sintomas ciertos de un buen corazon.

El infante D. Francisco duerme ya con el sueño de los justos en el panteon reservado del Escorial, adonde su cadáver ha sido conducido el lunes con la acostumbrada pompa, y donde no conmoverá sus cenizas ni siquiera el juicio de la posteridad, que solo es cruel con los soberbios y los ingratos. ¡Descanse en paz!

No son nada consoladoras las noticias recibidas últimamente de Valencia. La aparicion del cólera se ha confirmado por desgracia, y una de las primeras víctimas ha sido la señora marquesa de Mirasol, ilustre dama, tan conocida por su nombre como por sus virtudes; deseamos que el catálogo no se aumente, por el amor que tenemos á esa bella ciudad, en la cual el paso del terrible huésped ha dejado en más de una ocasion profundas huellas.

Ahora, tomando el reverso de la medalla, diremos á ustedes que respecto á diversiones no hemos adelantado nada, ni tenemos nada que contar. Todas nuestras esperanzas están puestas en la *Mutta de Pórtici*, que Tamberlik y la Volpini cantarán en breve en los Campos Eliseos, desempeñando el papel mímico la graciosa bailarina Bonfanti, y estrenándose magníficas decoraciones, que segun mi opinion acabarán de poner el sello á la gran reputacion del artista escenógrafo Sr. Plá. Por otra parte, sabido es que la *Mutta de Pórtici* es la más notable de las partituras de Auber, y

que el asunto de la obra, dramático y comprensible en alto grado para los españoles, pues el nombre de *Masaniello* sonará siempre en la patria del duque de Arcos, bastará para que esta ópera sea la que alcance el gran éxito de la temporada, sobre todo si se interpreta por los artistas tal como el reparto nos hace creer. En cuanto á mí, ya me tienen Vds. ardiendo de impaciencia por oír una vez más aquel delicioso duo que principia:

Amour sacré de la patria, etc.

Mientras este momento llega, Tamberlik sigue haciendo nuestras delicias en *El Profeta* y *Guillermo*, y parece que las hará tambien en *Fausto*, de lo que nos alegramos en el alma: la Volpini y la Nantier Didiee hacen maravillas de gracia y de talento en *Martha*, y Vincentelli hace más que todos juntos, pues hace hasta lo que no puede hacer. Los conciertos siguen su marcha con pequeñas variaciones, pero con grandes entradas, y el nuevo espectáculo de los juegos de salon apura á un tiempo el dinero y la paciencia de los concurrentes, único modo de que se aficionen á jugar. Tambien se ha establecido un telescopio para mirar la luna, pero yo me asomé el otro dia, y su tamaño me pareció mucho menor que el de los dos reales que me hicieron pagar.

Los que sí se divierten grandemente son los desocupados que están de temporada en el Escorial. Allí se publican periódicos impresos y manuscritos; se representan deliciosas comedias que escribe Madrazo, y que los pobres benefician, y sobre todo se improvisan paseos á las Arenitas y á la silla de Felipe II, en los cuales se recuerdan más de una vez aquellos pasajes de Byron:

«¡Ay! Seria preciso consagrar todo un canto para haceros la pintura... y sus pequeños piés... y sus lindos tobillos... ¡por vida mia! ¡Dad gracias al cielo porque yo no tengo aquí á la mano metáforas de que valermel!»

Indudablemente, no hay siglo en la historia que aventaje al nuestro en cuanto al espíritu de asociacion. Ahí estan sino los estudiantes de Lieja, que acaban de dirigirse á sus compañeros de otros países para celebrar un Congreso estudiantil, en el cual se tratarán las cuestiones relativas á instruccion pública. Ya han contestado á su invitacion los estudiantes de Suecia, Noruega, Alemania, Inglaterra, Suiza, Portugal y Francia, y el Congreso será de seguro numeroso. ¿Y los estudiantes de España? Acaso no hayan contado con ellos por creer que aquí la instruccion pública es asunto que no necesita discutirse, ó que los estudiantes de España viven todavía, como dijo no há mucho un periódico francés, corriendo la tuna.

Para concluir, voy á dar á Vds. otra noticia grave. El cable eléctrico se ha roto.

Este percance no representa más que una pérdida de veinte millones de reales. Calculen Vds. si con esta cantidad podria uno hacerse entender de todo el mundo, aun sin necesidad de cables eléctricos. No me ha gustado nunca la idea de los telégrafos submarinos. Se me figura que el mar, al ver que le echan cuerdas, pensará siempre que quieren atarlo corto, y las romperá. Y lo cierto es, que con hilos tan caros no debe ser fácil ni aun seguir el hilo de una conversacion.

M. DEL PALACIO.

LA INFANCIA DE MOZART.

No lejos de Praga, en una de las rojizas riberas de Kozoheez, á cuyo pié corren con formidable estrépito las hermosas y rápidas aguas del famoso rio que va á perderse entre las verdes y frondosas espesuras de Bohemia, se hallaba una modesta casa, perteneciente en otro tiempo á Dusseh.

En una reducida habitacion de dicha casa estaban reunidos cierta tarde un músico, antiguo maestro de capilla de Praga, su mujer y dos hijos, una niña que no llegaba á los once años y un pequeñuelo que tendria seis á lo sumo.

La más profunda miseria reinaba en aquella familia.

Hacia mucho frio, y sin embargo, no habia allí ni rastro de lumbre.

Los vestidos de los niños podian pasar por decentes aun; pero el traje negro del padre se encontraba en un deplorable estado; en cuanto al de la madre, baste decir que apenas se conocia su primitivo color.

Cuatro sillas de paja y un mal manucordio componian todo el mueblaje de aquel cuarto.

Un monótono y triste silencio, que cada cual parecia temeroso de interrumpir, pesaba sobre todos los miembros de aquella pobre familia.

La madre hilaba pensativa, el padre leia en un libro que, por su forma y tamaño, se adivinaba ser la Biblia, y la niña zurcía una especie de pañuelo.

El niño, que hacia ya un rato no cesaba de dar vueltas alrededor de su padre, de su madre y de su hermana, afectando meter el ruido necesario para ser notado, lanzóse con cierto coraje hácia el manucordio, trepó no sin algun trabajo por el taburete, merced al cual apenas colocaba sus manitas al alcance de las teclas, y se puso á tocar.

Principió desde luego por algunas escalas, pero ejecutadas con un aplomo y una precision, imposibles de creerse en una criatura de tan corta edad y de constitucion tan débil.

El pequeño músico se anima de repente; de las escalas pasa á los acordes, de los acordes á una sonata de Dussek, y en seguida, abandonándose á una fantasia caprichosa é infantil, deja volar sus deditos sobre el teclado, ora hiriendo las teclas con una terrible fuerza, ora pulsándolas con una delicadeza espresiva y formando modulaciones tan conmovedoras, tan patéticas que hacia que se les saltasen las lágrimas á los oyentes.

El padre habia dejado la lectura, la madre no se acordaba ya de hilar ni la niña de su zurcido, escuchando á aquel niño maravilloso.

—Ven, ven, dame un abrazo, maestro Wolfgang, exclamó el maestro de capilla con el doble entusiasmo del artista y del padre. ¡Ven! tú serás algun dia, con la ayuda de Dios, de la Virgen del Loreto y del gran santo Juan Nepomuceno, un gran maestro, un gran compositor, un grande hombre! — ¡Pobre niño, ¿Por qué no seré más rico para hacerte mas feliz?...

—Dime, papá mio, respondió Wolfgang, envalentonado con las caricias de su padre; ¿cuándo comemos? ¡Tengo hambre!

—¡Pobre niño! dijo la madre suspirando dolorosamente.

Acto continuo se levantó, abrió un armario, y cogiendo un pedazo de pan, se aproximó á su hijo.

—Come, le dijo, enjugando una lágrima, come; no tengo otra cosa que darté.

—¿Y para mi hermana? preguntó el pequeño, tomando el pedazo de pan.

—Allí hay otro poco que cogerá cuando tenga gana, repuso la madre.

—¿Y para tí, mi buena mamá? preguntó de nuevo Wolfgang.

—Yo.... no tengo necesidad, dijo la madre.

—¿Y papá? añadió el niño en cuyo rostro se pintaba cierta inquietud.

—Tu padre.... tampoco tiene necesidad, repuso la madre sin poder contener las lágrimas.

Entonces la niña, tirando la labor, corre á su madre, se arroja en sus brazos y exclama sollozando:

—¡No hay pan para papá ni para tí, y por eso nos dices que no teneis hambre! Pues bien, yo tampoco la tengo, mi querida mamá....

El pequeño maestro miraba alternativamente á su madre y á su hermana, sin llevarse el pan á la boca, á pesar de su terrible apetito.

—No, hija mia, amor mio, yo no tengo gana, te lo juro. Cómete el pan con tranquilidad, Federica.

—Corriente, mamá; pero con la condicion de que le has de partir conmigo.

—Y yo le partiré con papá, dijo Wolfgang, partiendo efectivamente el pan en dos pedazos y ofreciendo á su padre la mitad. Tómallo, papá, tómallo, añadió pegando una patada, tómallo, ó como soy Wolfgang Mozart que ni siquiera lo pruebo.

Una gruesa lágrima que rodó de los ojos del pobre músico vino á humedecer el pan que su hijo le ofrecia.

—Haz lo que quieren nuestros hijos, mujer, exclamó haciendo una seña.—Dios mio, ¿por qué soy tan pobre!

—¿Tan pobre eres, papá mio? interrumpió Wolfgang con un encantador acento de ingenuidad.

—¡Ay de mí! Demasiado, contestó el maestro de capilla; y sin embargo, hijos míos, desde que nacisteis, y aun antes, por mejor decir, desde que me casé, puedo asegurar que he reducido cuanto es posible mi existencia para soportar los gastos de dos casas, la de mi madre y la de mi mujer, y además la subsistencia de los siete hijos que he tenido de mis dos matrimo-

nios. Si yo pudiera contaros, hijos mios, qué de enfermedades, qué de muertes, qué de desgracias de todo género he sufrido, no solo os convenceriais de que no he malgastado nunca ni un liard, sino que tambien reconoceria la gracia especial del Señor, que me ha librado de contraer grandes deudas, cosa imposible de todo punto á no haber contado mas que con mis propias fuerzas.

—Verdad es, hijos mios, replicó la mujer del músico suspirando.

Entrambos niños escuchaban al padre sin comer todavía.

El maestro de capilla repuso:

—Hijos mios, os he consagrado mi vida entera, con la esperanza de que algun dia os podais bastar á vosotros mismos.

—Y á tí tambien, padre mio, interrumpió Federica.

—Claro está, hermana mia, dijo Wolfgang con cierto aire de autoridad, que contrastaba graciosamente con su atiplada voz y su rostro infantil; ya que papá ha trabajado para nosotros hasta hoy, bien podremos nosotros hacer ahora otro tanto para él.

—Pero tú eres demasiado niño, demasiado pequeño, dijo el padre conmovido.

—¡Demasiado pequeño! repuso Wolfgang como indignado de semejantes palabras, demasiado pequeño; bien pronto he ser tan grande como mi piano.

—¡Pobre amor mio! dijo la madre acariciando la blonda cabellera de Wolfgang; ¿y qué sabes tú? ¿Qué podrias hacer, tan niño y tan delicado.

—Papá, que entiende de eso, dice que yo soy ya un gran maestro de piano. Pues bien, daré lecciones.

El padre y la madre se sonrieron en medio de su aficcion y de sus lágrimas.

—¿Y á quién has de dar lecciones?

—¿Dónde encontrarás discípulos más pequeños que tú? exclamó la madre, besándole en la frente.

—¡Vaya un apuro! Si no los encuentro más pequeños, daré lecciones á los mayores.

—Puede que tenga razon mi hermano, mamá, interrumpió Federica. Escucha; el otro dia, paseándonos junto á ese castillo que se ve desde la ventana, me llamó la señora de él, preguntando si eramos nosotros los hijos de Mozart, el maestro de capilla. Yo dije que sí; ella continuó entonces señalando á Wolfgang.

—¿Y es este el chiquitín que toca tan admirablemente el piano?

—Para servirlos, señora, respondió mi hermano.

—Después la señora nos rogó que entrásemos, invitando á Wolfgang se sentase al piano.—Un hermoso piano, papá, con flores de oro incrustadas en la madera.—Cuando concluimos, porque yo tambien toqué, la señora quedó tan complacida, que nos regaló un bonito ducado; tú lo sabes, mamá; á tí te lo entregué.

—Y me contaste tambien esa historia, hija mia, replicó la madre; ¿para qué la vuelves á repetir?

—¡Oh! Yo lo arreglaré perfectamente, dijo Wolfgang; si papá quiere, iremos mi hermana y yo á recorrer el país. Nosotros somos guapos; Federica muy linda, así lo dijo la señora del castillo; conque iremos por todas partes, en todas partes tocaremos, en todas partes nos regalarán ducados, te los entregaremos, y ya no serás pobre.... ¡Tú serás rico!

—Pues mira, mujer, no es una idea tan mala, exclamó el maestro de capilla, meneando la cabeza.

—Pero eso les fatigará demasiado, replicó la tierna madre.

—Puede que Federica se fatigara, dijo Wolfgang; pero yo no me canso tan fácilmente: hoy he subido y bajado la cuesta de al lado lo menos veinte veces, y de seguro que volveria á hacer lo mismo otras tantas, como quisiese papá.

—¡Oh! en cuanto á mí, dijo Federica, la dicha de ser útil á mis padres, hará que no me fatigue.

—¡Hijos de mi corazón! no, yo no soy desgraciado, gritó Mozart con una verdadera explosion de sensibilidad; cuando Dios ha concedido á un hombre dos ángeles como vosotros, hijos mios, no, este hombre no puede llamarse desgraciado!....

—Leopoldo, interrumpió la mujer con solícita inquietud; ¿acaso piensas aprovechar el talento de estas criaturas?

—¿Y por qué no, mujer, si esa es la voluntad de Dios? respondió Mozart.

—Tengo miedo,....

—Miedo, ¿de qué, mamá? preguntó Wolfgang. Pues yo no tengo ninguno. Entraré en un salon como si tal

cosa; me pondré al piano.... ya verás.... y tocaré.... tocaré mucho.... hasta que papá me diga: «Basta.»

—Y después, cuando se canse mi hermano, ocuparé su sitio, añadió Federica. ¡Oh! mi querida mamá, no te pongas á nuestro proyecto; yo le pediré á Dios de dia y de noche, que nos dé fuerzas bastantes para aliviarnos....

—Sí, sí, mamita mia, repuso Wolfgang, acariciándola con mimo. Ya verás, yo trabajaré divinamente, y ganaré mucho dinero: tú eres la que me lo has dicho: Dios protege á los hijos obedientes; por eso nos protegerá.... lo mismo que San Juan Nepomuceno. Papá, ya he concluido de comer; cuéntame la historia de San Juan Nepomuceno, de ese santo cuya estatua tan grande está en el puente.... en seguida me iré á acostar.

—Pero si ya la sabes de memoria, le dijo su hermana.

—Lo mismo da, me gusta mucho oirla; así me voy quedando dormidito.... si papá quiere hacerme ese favor....

—Sí, ángel mio, dijo el padre. Y sentando á Wolfgang sobre sus rodillas, comenzó de esta manera:

—Había en Nepomuc un vicario del arzobispo de Praga, llamado Juan Welfin. Era un santo hombre, temeroso de Dios y que hacia tantas limosnas, que frecuentemente se quedaba sin tener con qué vivir. Cierta dia envióle á buscar el rey Wincelas, que entonces mandaba, y le dijo:

—«Juan Welfin, quiero que me descubras la confesion que hayas recibido estos últimos dias del arzobispo de Praga, de quien estoy muy descontento.»

—«Una confesion es sagrada para el que la recibe, señor, respondió el vicario.»

—«No importa, yo cargo sobre mi conciencia la responsabilidad de la falta, repuso el rey: dime la confesion.»

Pero Juan Welfin era un hombre justo y honrado: ni súplicas, ni promesas, ni amenazas le hicieron apartarse un punto de su resolucion. Enfurecido el rey por aquella inacostumbrada resistencia, mandó que le quitasen la vida. Entonces, en una noche muy oscura fué arrastrado el pobre vicario hasta el puente, en el mismo sitio en que hoy se eleva su estatua, siendo arrojado al rio desde allí. Después, Juan Welfin, que en la tierra no era más que un pobre hombre, es ahora el abogado de la Bohemia en el reino de los cielos. Por eso se reza todos los dias para que os proteja á tí y á tu hermana.

Aquí calló el maestro de capilla, apercibiéndose al fin que el niño se habia quedado dormido sobre sus rodillas.

—¿Ves su debilidad? murmuró la mujer de Mozart, tomando á Wolfgang y desnudándolo para acostarle; mira, y aun querrás hacerle viajar, hacerle ganar la vida!

—Dios es grande, mujer, replicó Mozart; él da fuerza á los débiles, valor á los tímidos y feliz éxito al que confía en él. Mañana me pondré en marcha con mis hijos; harás decir tres misas en la capilla de la Virgen de Loreto, otras tres en la iglesia de María.... dos en el altar de San Francisco de Paula y otras dos en la parroquia de San Juan Nepomuceno, y con esto no dejaremos de salir bien. Prepara, pues, algun lio, porque el sol de mañana ha de alumbrar nuestro camino!

—Cúmplase la voluntad de Dios! exclamó la buena madre, obedeciendo á su marido.

Dábase cierto dia en Viena un brillante concierto en el palacio de la emperatriz de Austria, María Teresa, esposa del emperador Francisco I.

Hallábase reunido en aquellos salones lo más aristocrático y elegante, no solo de aquella corte, sino de las principales de Europa.

Por todas partes se veian ricas plumas, diamantes, trages maravillosamente bordados vestidos y adornos deslumbradores, cuando con general sorpresa aparece en la puerta del salon principal un hombre, asaz modestamente vestido, seguido de dos niños.

El continente de aquel hombre era respetuoso; los niños, por el contrario, parecian nada intimidados al aspecto de todo aquel lujo, de todos aquellos señores y damas que les observaban con curiosidad.

—Por ventura, ¿será ese el maestro de capilla con los niños que llaman la atencion de toda Viena? preguntó la emperatriz á su maestro de ceremonias.

—Sí, señora, respondió este, y puedo asegurar á V. M. I. que no se encuentra cosa igual; pues hace

unos dias que les ví en la embajada francesa, adonde tuve el honor de ser invitado. La niña toca mucho, pero el chiquitín es aun más sorprendente.

—Hacedles principiar, dijo la emperatriz.

El maestro de ceremonias, después de haber avisado á Mozart, condujo sus niños al piano.

Tocó primero Federica; su ejecucion era tan limpia y tan brillante, que todos admiraban á aquella pálida y delicada niña.

Cuando terminó, los elogios resonaron por todas partes.

—Esto no vale nada en comparacion de mi hermano, dijo Federica á los que la cumplimentaban.

Y la encantadora niña cuidó con un celo maternal, que su hermano estuviese bien colocado, cómodo y bastante alto, para que pudiese mover sus bracitos con libertad.

Entonces el niño, sonriendo á los que le rodeaban, posó sus manecitas sobre el teclado, y sin esfuerzo alguno, sin la duda siquiera de que su talento pudiese escitar la general admiracion, dejó á sus pequeños dedos ir, venir, correr, pareciendo divertirse con las teclas, las que pulsaban sucesiva y simultáneamente, y sobre las que volaban, sacando como por encanto de aquellas pulsaciones acordes puros, graves, sonoros, suaves y mágicos en una palabra.

Todas las miradas estaban clavadas en aquellos dedos pequeñitos, tan ágiles, tan espresivos.

El maestro de capilla mas ejercitado no hubiera podido desplegar un conocimiento tan profundo en la armonía y las modulaciones, que aquel niño ponía en vibracion, no más que guiado por una inspiracion divina.

El asombro y el interés se pintaban en todos los semblantes.

Cubrióse el teclado con un paño, y el niño ejecutó con la misma rapidez y precision, á pesar de no distinguir ninguna tecla. ¡Tal era su seguridad!

El emperador, la emperatriz, toda la corte estaba maravillada.

Cuando Wolfgang se detuvo cansado, sofocado, su pobre frentecita nadaba en sudor.

La emperatriz le hizo seña que fuera á darle un abrazo.

Levantóse para obedecer; pero aturdido con el rumor de las alabanzas y con el resplandor de las luces, todavía entumido de haber permanecido sentado tanto tiempo, al primer paso que aventuró sobre el tablado, encerado y reluciente, deslizóse y cayó.

Una jóven se precipitó de su sitio para levantarle.

—¿Os habeis hecho daño, amiguito mio? le dijo con la más cariñosa solicitud.

Al pronto, como ofuscado por la belleza de aquella señora, permaneció sin responder.

Después, recobrando la voz y estrechando entre sus pequeñas y delicadas manos, la mano tambien delicada y pequeña de la jóven señora, exclamó:

—Sois muy hermosa, señora; yo quiero casarme con vos.

Una carcajada universal siguió á estas palabras; pero el niño continuó sin desconcertarse.

—Me llamo el maestro Wolfgang Mozart; y vos, ¿cómo os llamais?

—Yo, María Antonieta, respondió la jóven con una voz tan dulce, que conmovia al corazón menos impresionable.

¡Ay! Aquella mujer que el niño Mozart escogia tan ingenuamente para esposa, era la archiduquesa de Austria, la futura reina de Francia.

La pobre jóven no alcanzó la dicha que la hubiese cabido siendo la esposa de Mozart.

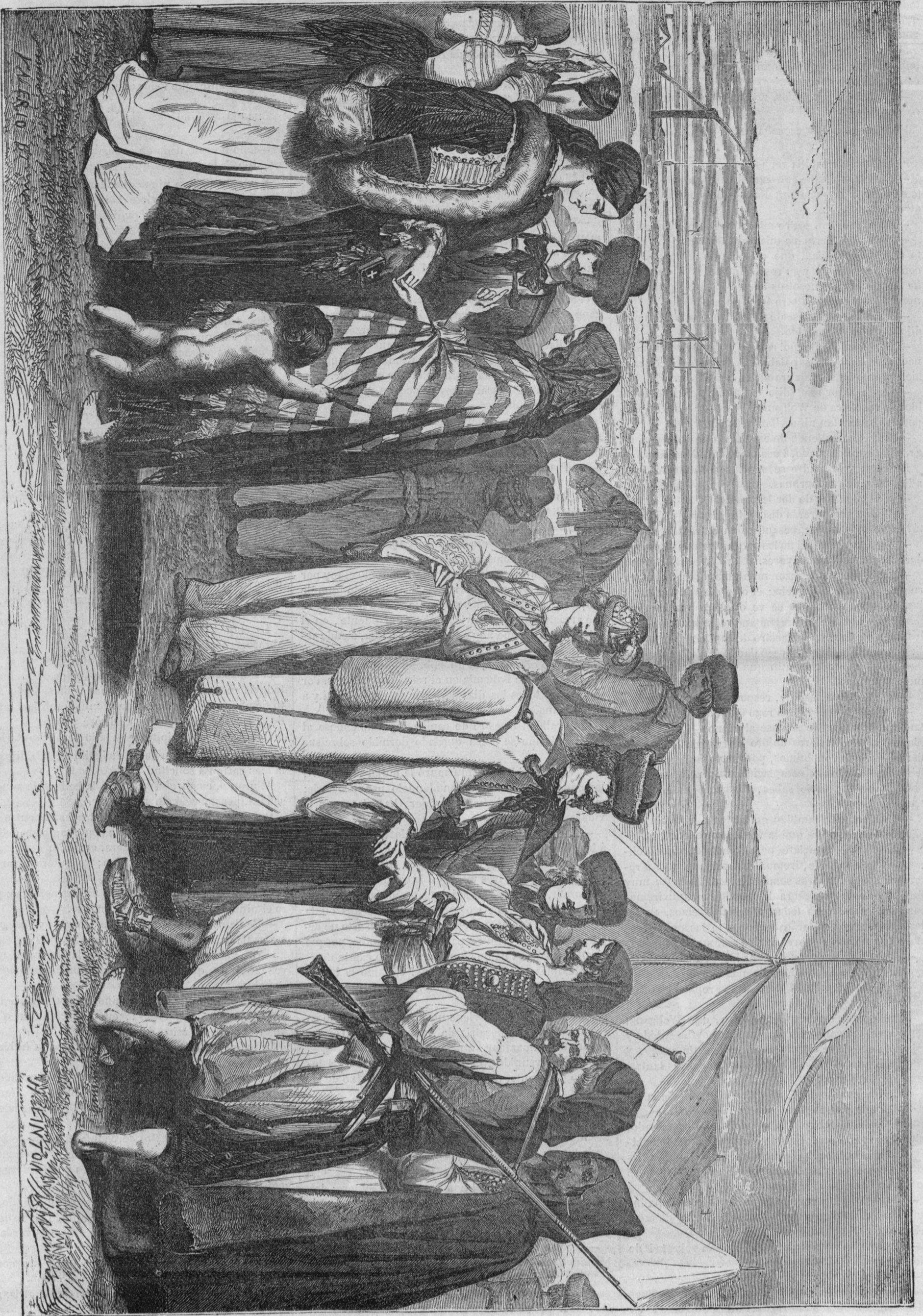
Más tarde, el gran compositor era coronado públicamente y victoreado por la poblacion entera de Viena; y la jóven María Antonieta, la reina de Francia, la esposa de Luis XVI, subía á un cadalso.

Pero volvamos á nuestro héroe infantil, sentado á la sazón sobre las rodillas de la emperatriz, y recibiendo á porfía caramelos, bombones, flores y toda clase de golosinas.

—¡Qué calor! exclamó la emperatriz, enjugando la frente del pequeño músico con un pañuelo de batista perfumado; debes estar muy cansado, ¿no es verdad, niño mio?

—No señora, respondió Wolfgang. Estoy tan contento de agradar á papá, que nunca me canso.

—Qué hermoso corazón, repuso la emperatriz; ¿y quieres mucho á tu papá?



UN MERCADO EN «BANAT», EN HUNGRÍA.



SALIDA DE MISA DE LA IGLESIA DE SAN GERMAN DE L'AUXERROIS, EN PARIS.

— ¡Oh! señora, muchísimo; él es tan bueno! Nunca me regaña.

— Y dime, ¿no te fastidia tocar tanto el piano?

— ¡Diantre! no, todos los días me divierte; pero papá dice que no se ha de hacer únicamente lo que á uno le guste.

— ¿Sabes que si continuas así, vas á ser un gran músico?

— Así lo espero, señora; cuando sea mayor haré óperas, grandes óperas. ¡Oh! Cuánto gozará mi papá, cuando vea, por ejemplo, coronar á su hijo!

— ¿Y tú estarás muy contento?

— Cuando mi papá es feliz, lo soy yo también.

De este modo recorrió Wolfgang con su padre y su hermana, la Francia, la Italia, la Inglaterra y la Alemania.

En todas partes fué admirado y obsequiado.

En todas partes alcanzó el más precioso de los elogios; el que su padre le dirigía todas las noches al acostarse, dando gracias á Dios por haberle concedido aquellos dos ángeles: Federica y Wolfgang.

A los quince años, Mozart, estando en Milan, compuso el *Mithridates*, que se ejecutó en la misma ciudad, obteniendo un éxito magnífico.

Antes de su muerte era reconocido por uno de los primeros maestros.

Después de su muerte, su música ha alcanzado lo que solo alcanzan las obras del verdadero genio: la inmortalidad.

G. J.

PARA UN ALBUM.

De la vanidad en pos,
Gentes nobles con exceso
Dijeron: *Después de Dios,*
Es la casa de Quirós;
Y yo no paso por eso.

Gentes que tanto exageran
No saben que hacen el bú:
¿Qué dirían si te vieran?
¡Vaya! Digan lo que quieran,
Después de Dios, eres tú!

E. BLASCO.

¿Recibes? ¿Duermes?

Un secreto guardaba,
para en su día
confiar á mi amado
si no dormía.
¡Suerte tirana!
El opio del olvido
causa galbana.

¿Para qué «*Si recibo*»
me preguntaste,
si en brazos de Morfeo
te abandonaste?
Sigue durmiendo,
con tu «*Lluvia de oro*»
felice siendo.

Que si dudas tuvieras
que te mataran,
sosegar un momento
no te dejarán.

Así te escuchas.
Esto sí que se llama
beso de Judas.

URANIA.

EL SOL Y LAS ESTACIONES.

Estamos en pleno verano.

El termómetro, á quien sin duda desagradan las cosas que pasan en nuestra tierra, ha liado su petate, ha puesto piés en los vientos y anda por las nubes.

El aire que se respira es fuego.

El sol nos abrumba como la plaga de presupuestivos á la pobre España.

Parece que la savia de vida que recogimos en la primavera le es necesaria y pretende despojarnos de ella á todo trance.

Hecho escandaloso que guarda perfecta armonía con

estos tiempos en que nadie está contento con lo suyo.

Todos necesitan ó creen necesitar lo del prójimo, mal que pese al décimo mandamiento.

Es, pues, natural que el rey de los astros imite á la humanidad, ya que está condenado á pasar la vida entre ella.

Es más que natural: es indispensable.

Sin el calor, esto es, sin el sol, no viviríamos; somos sus vasallos: y cómo se ha de permitir el siervo una costumbre que esté conforme con las de su natural y absoluto señor?

¡Señor absoluto!

Estas palabras hacen brotar espontáneamente de mi pluma la siguiente proposición.

El sol de verano es á los que le sufren, como los casados de municion á las infelices mujeres que les elijen por media naranja.

Quien manda, manda. Nada de razonar, nada de discutir. Quepa ó no quepa, cartuchera en el cañón.

Pero ¡ay! que esas mujeres tienen al menos el desesperado recurso de echarse por esos trigos de Dios ó de hacer valer su derecho con el Código en la mano: los maridos en esta situación, de fiyo piensan como cierto personaje de una zarzuela de Picon, que dice:

«Cuando el pueblo se pronuncia,

Hay que hacerse liberal.»

Y caso de que no se les ocurra tal cosa, la costilla puede, ya lo hemos dicho, imitar al cabeza de familia: declararse libre.

Yo, agobiado por el calor, no solo no puedo hacer otro tanto, sino que siquiera hilvanar el discurso liberal del otoño al rey del verano.

Habíamos llamado al sol rey de los astros y ahora le llamamos rey del verano. Lo mismo da.

El ayer rey de Cerdeña, hoy se llama rey de Italia; el rey de Nápoles, Paco Bomba ó Paco dos; Othon el de Grecia, Othon á secas. Esto de los nombres es cuestión de poca monta.

Meditando sobre lo que llevamos dicho, vendremos á parar en que Byron sabia lo que se pescaba cuando exclamó:

«El hombre es juguete de las circunstancias, hasta cuando las circunstancias parecen juguete del hombre.

Esto podemos convertirlo en

«Todo lo que sucede reconoce por ley á las circunstancias.»

Y para probarlo echaremos mano del altivo y absoluto señor, del rey de los astros, que baja de humos en el invierno que es una alegría.

Entonces ve frente á frente un ejército de nubes y vientos; presiente un fin análogo al que han tenido y tendrán algunos compañeros suyos,—nos referimos al déspota,—é inclina un tanto la cerviz, y todas sus ideas absolutas las funde en el siguiente grito:

— ¡Viva la libertad!!

Y nos trata como de igual á igual.

Por las mañanas, apenas ha encendido el día su primer fósforo, entra en nuestro dormitorio, nos despierta, nos muestra la luz, y os invita á salir, olvidando el tiempo que nos tuvo á la sombra.

No se desdeña de asistir á nuestras comidas, aunque tenga que penetrar por un cristal, por una rendija ó por una medio cerrada ventana.

Por las tardes nos acompaña en nuestros paseos, haciendo tanto por agradarnos, que difícilmente se reconoce al que algunos meses antes nos decía: «¡Esclavo, no salgas, ó te achicharro!»

El resto de su eclipsado poder es empleado en calcular quién tendrá las condiciones necesarias para servirle de escalera; porque ¡treparia con tanto placer á su antiguo puesto!...

Se echa en brazos de la intriga, respetable señora, de cuya amabilidad ninguno puede decir nada en contra, si bien en la reputación ha tenido que gastar mucho hilo, para convertir en zurcido lo que fuera desgarrón.

Empiezan á trabajar de consuno.

Él dirige: ella obra.

Y antes que me vea en la imposibilidad de hacerlo, debo echar en cara al ex-déspota el haber presentado á más de cuatro á su consorte, sin cuya presentación no hubiéramos perdido nada.

Pero no nos desviemos de nuestro propósito; porque á la verdad, sería gracioso que perdiésemos el hilo, apenas acabamos de hablar del hilo.

La intriga pone al sol en contacto con el invierno, que aun novicio en el arte de gobernar, se deja guiar por su astuto predecesor.

El despotismo vuelve, aunque con forma diferente: antes sufríamos el calor; ahora sufrimos la ausencia del calor, el frío.

Y por aquello de que un mal presente arroja en el olvido un mal pasado, llegamos á olvidar al déspota veraniego, y nos hacemos la ilusión de que fué menos malo que su sucesor.

Dado ya este paso, la intriga toma otro camino.

Se pone á la primavera en perspectiva, y se nos hace soñar con flores embalsamadas, arroyos cristalinos, pájaros cantores, alboradas purísimas, mañanas deliciosas y tardes serenas.

Al mismo tiempo el real conjurado seduce á la joven y hermosa estación, que como mujer, es frágil, y se deja seducir.

También como mujer es coqueta, y su coquetería la emplea con nosotros, que, á nuestra vez, somos los seducidos.

Repartiendo sonrisas, prodigando flores, desatando céfiros, depositando en la garganta de cada avecilla un caudal de armonía, hace porque olvidemos lo pasado, y lo olvidamos; que siempre una verdad amarga pierde mucho influjo ante una mentira dulce; y siempre la realidad desaparece ante un sueño. ¡Y es tan hermoso el sueño de amor de la primavera...!

Cuando menos lo esperamos, vuelve aquello. ●

Aquello es esto.

Esto, es el sol.

Una vez seguro del golpe, se nos echa de nuevo encima, y aquí fué Troya.

Ya no hay piedad; ya no hay compasión.

Recordadle que fué vuestro enemigo, y le perdonásteis.

Recordadle que mendigó vuestra amistad, y se la concedísteis verdadera.

Recordadle su grito «¡Viva la libertad!»

Recordadle otra porción de cosas que no estarán fuera de su lugar, y á lo más, os dirá:

—La felicidad que anhelaís es más difícil de conservar que de adquirir, y no existe para los tontos.

Vuelve mi pluma á escribir de *motu proprio*: no es una nueva proposición: son dos palabras.

¡España!... ¡Italia!...

Esta se halla al comienzo de la primavera....(1) aquella despide al invierno. Es indudable que llegarán á verse halagados por la hermosa repartidora de las auras embalsamadas y las candidas flores. ¿Sabrán detenerla y seducirla sin dejarse seducir?...

En tanto que el lector, si le place, resuelve este problema, yo dejo la pluma, estampando antes una exclamación, que si no brota de todos los labios, está espesada por todos los semblantes.

—Maldito calor! Bienaventurados los peces, porque ellos gozan de perpétuo baño.

PEDRO MARÍA BARRERA.

GLOSA.

Adán no pudo pecar;
Cristo no resucitó;
San Juan no se bautizó;
Nadie se puede salvar.

A través de las edades,
Y entre profetas sin cuento,
Cuatro mentiras yo siento
Que no son sino verdades:
Serán tal vez vaciedades
Que se debieran callar....
Mas no sé por qué ocultar
Lo que claro debe ser:
Hasta que tuvo mujer
Adán no pudo pecar.

Dios, por bienestar del hombre,
Con voto muy decidido,
Quiso fuese redimido
Quien se formó por su nombre;
Por lo tanto, aunque os asombre,
A la tierra descendió,
En el Gólgota murió,
Se cumplió su profecía;
Pero hasta el tercero día
Cristo no resucitó. ●

(1) Aquí suprimimos una palabra: nuestro periódico no es político, y en la duda de si nos salíamos ó no de nuestro verdadero terreno, preferimos decir «*primavera*...» á «*primavera política*...»

Otra cuestion hay pendiente
Sobre el agua del bautismo:
Dios se bautizó á sí mismo
En señal de penitente,
Y aunque su primo, presente,
Su bello ejemplo imitó,
Fué porque Dios lo rogó
Con afan y celo vivo;
Pues por su propio motivo
San Juan no se bautizó.

Alcanzan premio y favor
Los que viven en el mundo
Con un anhelo fecundo
De servir al Criador;
Mas aquellos que el temor
De haber podido pecar
No les hace meditar,
Que tengan por cierta ciencia
Que sin hacer penitencia
Nadie se puede salvar.

ENRIQUE DOMENECH.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA FOTOGRAFÍA,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.

I.

INTRODUCCION.—Descubrimiento de la cámara oscura.—Propiedades del nitrato de plata.—Desarrollo de las imágenes sobre planchas de plaqué.—El diorama de Mr. Daguerre.—El daguerreotipo.

El asunto que hoy pone la pluma en nuestra mano es uno de esos grandes y gloriosos descubrimientos que de vez en cuando brotan de la mente de hombres eminentes, en quienes Dios deposita un átomo de su inmensa sabiduría, para que vengan á difundirla entre nosotros con sus sábios experimentos.

Por eso nosotros, humildes admiradores de todo lo bello, de todo lo grande, nos proponemos reseñar, aunque muy ligeramente, uno de los más grandes descubrimientos de nuestro siglo, que ha operado, por decirlo así, una magnífica revolucion en la esfera del arte; desarrollándose en el corto espacio de algunos años de un modo tan maravilloso, que hasta las clases menos acomodadas disfrutaban ya de los inmensos beneficios que ha reportado á toda la sociedad en general.

Nuestro objeto, al escribir sobre la fotografía, no es otro sino el de dar á conocer su historia desde su primer germen hasta nuestros dias; absteniéndonos de entrar en minuciosos detalles científicos, que si bien ampliarían mucho más el asunto, en cambio nos llevarían mucho más allá de los límites que hemos trazado á este mal pergeñado artículo.

Sentado esto, entremos ya de lleno en nuestro propósito.

Venecia, la hermosa Venecia vió mecerse sobre sus tranquilas aguas la cuna del gran artista que dió el primer paso por la escabrosa senda de la fotografía: de aquí que sea tan bella, tan atractiva. ¿Y cómo no habia de serlo, cuando en su infancia fué arrullada por la reina del Adriático?

Juan Bautista Porta, célebre pintor veneciano, fué el inventor de la cámara oscura, con la cual consiguió sacar las hermosas vistas de Venecia, que asombraron al mundo artístico por la verdad en la copia, y por los magníficos detalles que arrancó, por decirlo así, á la propia naturaleza.

¡Cuán ajeno estaba entonces el gran artista de que aquel descubrimiento, debido á sus muchas vigiliass y al grande amor que profesaba al arte, tres siglos más tarde llegaría á un grado tal de perfeccion, que las eminencias artísticas no podrian menos de tributarle elogios tan grandes como merecidos!

Y no se vaya á creer por esto que la fotografía, con el descubrimiento de la cámara oscura, comenzó á desarrollarse tal como era de esperar: nó, nada menos que eso; porque permaneció estacionaria, hasta que en el año 1765 Scheele descubrió las propiedades del nitrato de plata, cuya disolucion, puesta en contacto con una sustancia orgánica, se ennegrece á la accion de la luz.

Esto no obstante, Mr. Francisco Arago dice que, en el año 1566, el gran químico Fabricius fué el primero que halló esta propiedad en las sales de plata. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que la fotografía no dió señas de vida hasta fines del siglo pasado, en los salones

del Conservatorio de Paris, cuando el sabio experimentador Mr. Charles reprodujo perfiles sobre papel nitrado, esponiéndolo á la luz con las condiciones necesarias para que la imágen se reprodujera con la mayor precision posible.

Como se vé, este era un gran descubrimiento que no podia menos de sorprender en aquella época, y dar brillantes resultados para lo sucesivo.

Algunos años más tarde, esto es, en 1802, Mr. Davy publicó una estensa nota, cuyo titulo es el siguiente: *Descripcion de un procedimiento para copiar pinturas sobre vidrio y hacer contornos por la accion de la luz sobre el nitrato de plata.*

Un año despues, el doctor Thomas Young hizo tambien algunos experimentos, que si no dieron los resultados apetecidos, hicieron concebir la idea del mucho partido que se podia sacar de todo lo que hasta entonces se habia descubierto.

Vemos, pues, como en el corto período de algunos años se habia conseguido, no tan solo reproducir sobre papel, sino copiar pinturas sobre vidrio.

De modo, que tenemos ya tres grandes descubrimientos para el desarrollo de la fotografía, que no paró ya hasta llegar al grado de perfeccion en que hoy la conocemos.

Inútil será decir que todos estos experimentos se hacian por medio de la cámara oscura, sin cuyo auxilio nada hubiera podido reproducirse.

Pero á pesar de todos estos ensayos, la fotografia no comenzó su glorioso período hasta 1827, en que Niepce de San Víctor obtuvo magníficos resultados, con los cuales logró fijar las imágenes de la cámara oscura sobre planchas metálicas preparadas con bálsamo de Judea y esencia de la Banda.

Al mismo tiempo que Niepce de San Víctor conseguia desarrollar las imágenes sobre planchas metálicas, Mr. Daguerre hacia experimentos en igual sentido, sin apercibirse de que tenia un adversario que entonces estaba mucho más adelantado que él en el asunto que ambos se habian propuesto perfeccionar.

Pero la casualidad, esa diosa que tanto influye en los grandes descubrimientos, hizo de modo que los dos rivales se encontrasen un dia, para que ambos impulsados por un mismo deseo, resolvieran por mitad el gran problema de la fotografía.

Hé aquí cómo aconteció este encuentro.

En aquel mismo año se presentó al público de Paris el famoso diorama que tanto llama la atencion por las sorprendentes vistas que ofrecia. Sobre todo, lo que más admiracion causaba era ver que en un mismo cuadro la noche sucedia al dia, tan admirablemente ejecutado, que no parecia sino que la naturaleza impulsaba con su soplo vivificador aquella trasformacion tan sublime. Otras veces se veia un hermoso paisaje engalanado con todos los atractivos de la primavera, cambiarse insensiblemente en un invierno árido y frio, con una ilusion que no podia ser más completa.

El autor de tan famosas vistas era Daguerre.

Uno de los que visitaron este diorama fué Niepce de San Víctor, que no pudo menos de entrar en deseos de conocer al autor de aquel portentoso.

En efecto; ambos se vieron y se comprendieron.

Puestos, pues, en contacto aquellos dos grandes genios, se manifestaron los trabajos que tenian hechos; concluyendo, despues de algunas entrevistas, por asociarse, para realizar, si les era posible, un descubrimiento que indudablemente habia de darles honra y provecho.

Así asociados, para perfeccionar los trabajos de Niepce, el 14 de diciembre de 1829 hicieron un convenio, por el cual ambos quedaban obligados á participarse mutuamente los adelantos que fuesen adquiriendo.

Y en efecto; poco tiempo despues, Mr. Daguerre fué el primero que consiguió fijar la imágen sobre plaqué por medio del yoduro de plata, con lo cual logró sorprender á su asociado cuando le participó tan fausta noticia.

Viendo, pues, que ya habian logrado su objeto, convinieron en dar á aquel descubrimiento el nombre de su autor, por lo cual se le llamó el DAGUERREOTIPO.

Tan pronto como sus desvelos fueron coronados con el éxito que ya hemos visto, se presentaron á Mr. Arago para participarle el gran descubrimiento que acababan de hacer.

Entonces este eminente sabio dió cuenta de él á la Academia de ciencias, la que á su vez lo hizo presente al gobierno, que comprendiendo la importancia de aquel descubrimiento, acordó señalar una pensión

vitalicia á cada uno de los asociados, para que el público pudiera disfrutarlo en beneficio suyo.

¡ Rasgo digno de un gobierno ilustrado que mira por la gloria de su nacion!!!...

Hasta aquí el primer período de la fotografía.

(Se concluirá.)

GONZALO HONORIO.

UN MERCADO EN HUNGRÍA.

Teodoro Valerio es uno de los artistas más infatigables que se conocen, pues ha ocupado toda su vida en recorrer el mundo con la cartera bajo el brazo y los pinceles ó los lápices en la mano. En 1836, y cuando apenas habia salido del estudio de Chauvet, emprendió sus primeros viajes, visitando sucesivamente la Alemania, la Suiza, la Italia y la Sicilia.

Más tarde pintaba ya, dibujaba, litografiaba con incansable actividad, y con una elegancia y verdad asombrosa, los habitantes de la Hungría, de la Bosnia, de la Trasilvania y las provincias danubianas. En la mayor parte de los Museos y galerias particulares se encuentran algunos de esos bellísimos cuadros debidos á su pincel, en los que se hallan retratados los pescadores de la Theisies, los pastores slovacos, los Bachibouzouks Kurdes, los Serrachamers de los regimientos de Ottochaz, los campesinos de Szolnok ó los montañeses de Matra; los Tsiganes de Hungría y de la Servia, y los Tsibos de las orillas de la Koros.

En el grabado que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, el hábil artista ha agrupado los tipos de *Banat*, subdivision administrativa de la Hungría. En él aparecen dándose la mano, como para terminar un negocio comercial, un propietario de las estensas llanuras del Oeste y un montañés de las Karpates.

A un lado del cuadro cierta jóven, indiferente á las transacciones comerciales, consulta á una gitana, al parecer versada en el arte de la quiromancia. Al fondo se estiende la llanura. Si las damas de *Banat* pueden adornarse con ricas pieles, si los jóvenes usan magníficos vestidos bordados y sombrerillos cuajados de oro y pedreria, lo deben únicamente á los productos de ese desierto fértil, por el que cruzan diariamente, y con abundancia asombrosa, el trigo, la cebada, la avena, el cañamo y el lino.

LA PESCA DE NOCHE.

Cuando sobre nuestras mesas vemos aparecer esos deliciosos pescados que tan gratos nos son al paladar y que el ferro-carril ha conducido casi vivos por la mañana á nuestros mercados, qué lejos de nuestro pensamiento se halla á precio de cuántas fatigas y sufrimientos nos ha sido procurado este placer.

Porque es ruda y sobre todo peligrosa la existencia de esos pobres pescadores, que sin temor á la muerte que arrostran á cada momento, ni á las horribles enfermedades que continuamente les diezman, van á buscar bajo las encrespadas olas de un mar embravecido ese pescado cuya venta debe proporcionar el pan necesario para la subsistencia de toda una familia, que anhelante espera, siempre llena de agonía y elevando sus oraciones al cielo, la vuelta del pescador.

El grabado que hoy ofrecemos representa la terminacion de una pesca de noche. Los pescadores acaban de retirar las redes, y alumbreados por el farol que pende de las cuerdas del velámen, se preparan á ganar el puerto. En tanto que los unos recogen el pescado entre las redes, los otros doblan el cabrestante donde se arroja la cadena del ancla.

«El que pesca un pescado, ha dicho Franklin, retira del agua una moneda.» Bien mezquina es sin duda alguna, y las más veces bien insuficiente para recompensar las fatigas y los peligros á que se ven diariamente espuestos esos infelices que, á precio de su salud y de su vida, proveen nuestros mercados, para que los acaparadores de las ciudades, vendiendo el pescado á un escesivo precio, se hagan ricos en poco tiempo, como sucede y estamos viendo todos los dias.

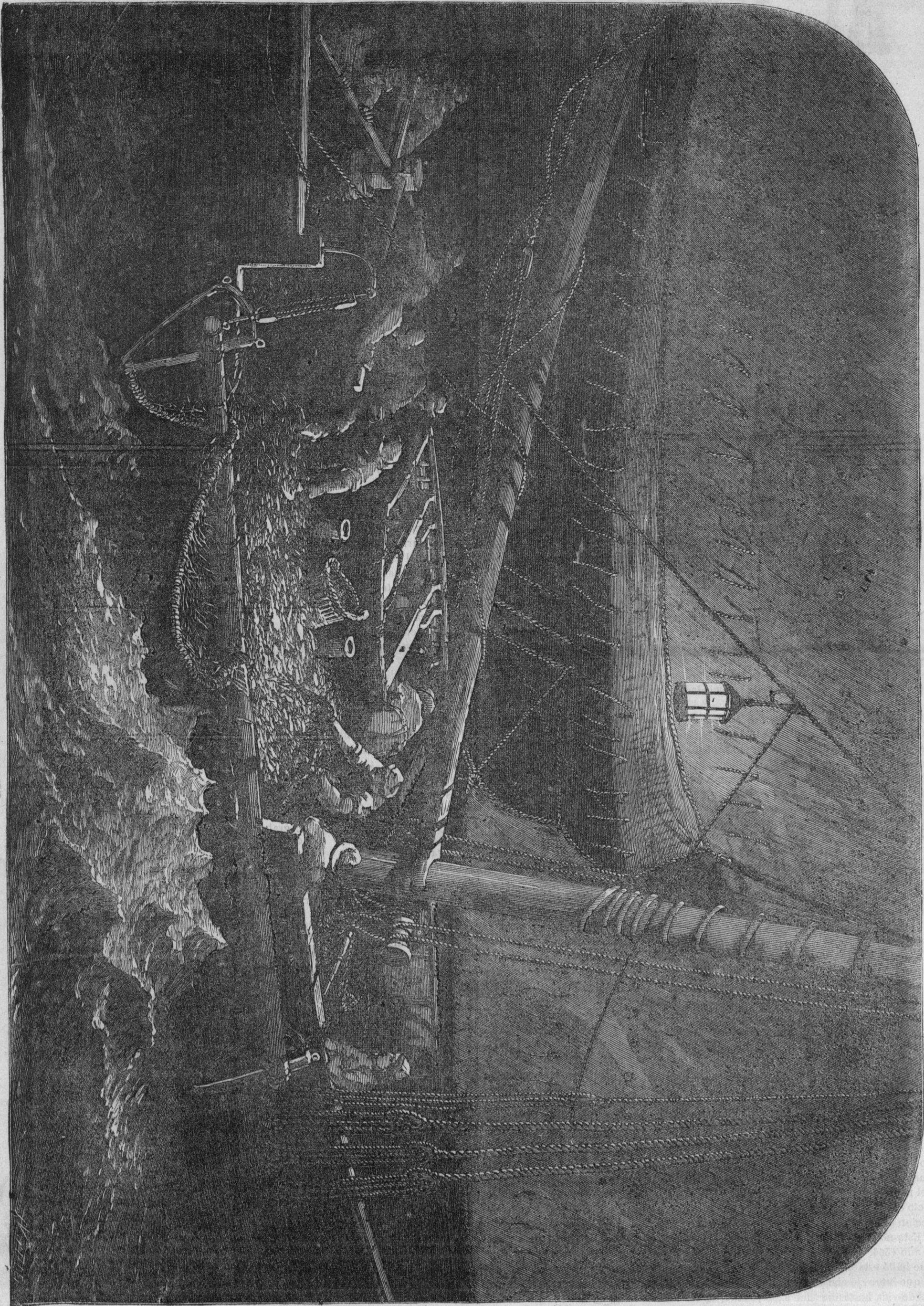
AVISO.

Advertimos á nuestros suscritores no se servirá ninguna reclamacion posterior á los quince dias de haber salido el número: pasado este tiempo, las reclamaciones de números por parte de los suscritores deberán ser acompañadas de sellos de franqueo.

No habiéndonos concluido la cabecera que teniamos destinada para este dia, y con el objeto de no demorar la publicacion de nuestro número, nos hemos visto obligados á insertar una de las ya publicadas.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



REGRESO DE UNA PESCA DE NOCHE.